

A.C.N. DE P.

AÑO XXVI

1.º de marzo de 1950

NUMERO 452

EL CATOLICISMO EUROPEO VISTO POR UN AMERICANO

Difícil situación de las minorías católicas.—Falta de unión internacional.—
Es necesaria la acción y la lucha con métodos modernos

Conferencia de Mr. Richard Pattee en el Círculo de Estudios del Centro de Madrid

PALABRAS PREVIAS DE NUESTRO PRESIDENTE AL COMENZAR EL CURSO

DON FERNANDO MARTIN-SANCHEZ JULIA. —De nuevo nos vemos reunidos para comenzar otro curso en paz y en gracia de Dios, y a Dios debemos agradecerle este don, pues ni la paz ni la gracia son corrientes en el mundo de hoy, porque además inauguramos el curso después de un interregno de descanso lleno de fastos. Fastos por el éxito de la Asamblea de Loyola, fastos de la Asamblea de Madrid, cuya consigna ha sido ir rápidamente a la acción, y para esto se han constituido varios Secretariados y éstos están ya en funcionamiento, como el de Programa, que va a redactarlo. Está en marcha el de Prensa, que ya ha redactado un proyecto de Escuela de Periodismo, que pueda resucitar aquella otra de "El Debate", de tan grata memoria.

El Círculo de Jóvenes está trabajando perfectamente bien; el Secretariado de Relaciones Exteriores, cuyo secretario acaba de volver de Luxemburgo, donde se ha celebrado una reunión del Comité Internacional de Información Católica, que trabaja cerca de la U. N. E. S. C. O. Está el de Viviendas y el de Patronos, y este último en plena acción. Vendrá a hablar a Madrid nuestro compañero Bertrand, que ya ha hecho reformas efectivas en su empresa, porque la consigna es ésta: no hablar más de cómo hay que reformar la empresa, sino que patronos que hayan hecho reformas efectivas en sus empresas vengan a decirnos lo que han hecho, lo que piensan hacer, las dificultades con que tropiezan y las dudas que abrigan para el futuro.

Fastos, en fin, personales de nuestra Asociación. El primero de ellos es la felicitación carifiosísima a nuestro consiliario del Centro de Madrid, don Jesús Enciso, nuevo Obispo administrador apostólico de Ciudad Rodrigo, que dentro de poco se consagrará, siendo padrinos la Asociación, por el Centro de Madrid, y nadrina las Mujeres de Acción Católica, le las que también es consiliario nacional. De modo que nuestra felicitación cordialísima y un saludo que tiene todo el litúrgico.

El antiguo secretario del Centro de Madrid José María Sagiés ha dejado también un cargo que tenía, que es el de secretario general. Le tenía de hecho limitado hace dos o tres años, pero estaba resistiendo no de cuerpo presente, porque todavía trabajaba, sino de alma presente. Ahora se le ha sustituido y vendrá un nuevo secretario general



cuando Dios nos lo depare. Pero José María Sagiés ha pasado al cargo de tesorero general de la Asociación.

Nuevo vicepresidente elegido por la Asamblea con gran votación, Alfredo López, tan conocido de todos, que no hay por qué presentárselo ni hablar de él, pues sólo su presencia y su conocimiento hacen el propio elogio y me lo evitan hacerlo a mí.

Nuevo secretario del Centro de Madrid

Y por último, el secretario del Centro de Madrid, Ernesto La Orden, al que todos conocéis, porque ya fué secretario del Centro de Madrid. Cuando yo fui elegido Presidente de la Asociación y la Secretaría General vino a ocuparla Luis Campos, de santa memoria, muerto en Valencia durante la guerra, quedó vacante la Secretaría del Centro de Madrid, que ocupó Ernesto La Orden, y fué secretario en aquellos difíciles tiempos. Terminó la guerra, y continuó siendo secretario del Centro de Madrid. Le renovamos nuestra enhorabuena y le vemos entre nosotros con gusto no porque nos recuerde tiempos tristes, sino porque esperamos que su labor se vea coronada con el éxito.

ERNESTO LA ORDEN.—Muy brevemente para expresar ante todos vos-

otros primero mi agradecimiento a nuestro queridísimo Presidente no porque se haya fijado en mí para confiarme tal vez unos trabajos superiores a mis fuerzas, sino porque ha valorado con exceso mis posibilidades de encontrarme al frente del Centro de Madrid. ¡Cuántos otros queridos compañeros pudieran haber realizado esas tareas con mayor derecho, con mayor prestigio y con mayor eficacia que yo! Quiero ofrecerme en primer término a todos vosotros. Yo soy muy poco, valgo muy poco, pero quisiera que en la etapa del Centro de Madrid que me toca, por voluntad del Presidente, dirigidos o de cierta manera acompañaros por delante colaborarais estrechamente conmigo, me ayudéis, porque la obra que llevamos emprendida es obra común, obra que requiere el aliento de todos y en la que solamente el esfuerzo de un secretario, y mucho menos de finis condiciones, muy poco puede hacer.

Efectivamente, como recordaba Fernando, fui secretario en tiempos que parecen remotos. Fui secretario poco antes del Alzamiento nacional, lo fui nominalmente durante todo el tiempo de la guerra y aun lo fui después de la guerra en aquellos primeros meses de nuestra liberación, de nuestra vuelta a la vida como hombres y como españoles. De aquellos años guardo un recuerdo inapreciable. Un tanto difuminados por otros años de ausencia de España, de ausencia física de nuestra España—seis años en el continente americano—, y he aquí que ahora, al volver, la amistad de Fernando, la paternidad de Fernando, me llama para que sirva este puesto, en el cual yo quisiera que todos colaborarais estrechamente conmigo, en la seguridad de que me tenéis como vuestro más diligente y fiel servidor. Quiero pronunciar unas palabras de saludo y de gratitud al secretario saliente, nuestro querido amigo Sagiés, que tantos años ha ejercido este puesto con un brillo, y con una voluntad, y con un acierto del cual seguramente vais a tener que recordar en más de una ocasión. Y con esto termino estas palabras de hoy, repitiendo mi agradecimiento, y mi saludo, y mi ofrecimiento cordial a todos vosotros.

DON FERNANDO MARTIN-SANCHEZ.—Puesto que hemos inaugurado el curso, realmente no podemos encontrar mejor orador en todos los sentidos de la palabra, por su autoridad y porque, como ya os dije cuando habló hace dos años en nuestro Círculo de Estudios, es un magnífico orador, el profe-

sor Richard Pattee, incluso en lengua castellana. Y le vamos a escuchar sobre un tema interesantísimo: lo que ha visto desde Friburgo y desde los viajes todos que ha realizado por el occidente europeo del catolicismo contemporáneo de nuestro continente. El, que viene de otro continente, de Norteamérica, ha podido ser un observador desapasionado que nos pueda hablar con toda libertad. ¿Quiere usted hablar, profesor?

RICHARD PATTEE.—Señor Presidente, queridos amigos: Anoche, al hablar al grupo de jóvenes, hice la advertencia de que no había venido a España en plan de orador ni conferenciante, ni nada parecido. Y por eso preferiría que esto fuese simplemente un cambio de impresiones en torno a una cuestión que, a mi modo de ver, tiene que inquietar profundamente a todos, a los de este lado del Atlántico y a nosotros, que habitualmente vivimos al otro. Antes de expresar algunas impresiones con respecto a nuestro catolicismo en Europa, quisiera sugerir algunas ideas más o menos generales de conjunto, que pueden ser útiles como punto de partida de lo que quiero someter a vuestra consideración.

Inquietudes de los católicos norteamericanos

En primer lugar, me parece que para los católicos de Norteamérica o los no europeos en general, pero particularmente de mi propio país, hay un problema supremo con respecto a esta obra común del mundo que llamamos occidental. Y esta cuestión que comienza ya a agitar los ánimos de muchísimos católicos en América es, simplemente, la siguiente: si nuestro país ha tomado en los últimos años, después de la guerra, una determinación fundamental para nuestro futuro y el del mundo en general, que es la entrada franca y abierta en una empresa de tan gran envergadura como es de formar parte de una comunidad internacional, si eso es verdad, el problema inquietante es si no estamos dando una importancia desmedida, casi única, por lo menos hasta la fecha, a un aspecto sumamente limitado de esa inmensa empresa. Quiero decir, que yo tengo personalmente la impresión absoluta de que en América se piensa que esta lucha que se está librando de dos conceptos del mundo, es un problema que puede resolverse a base de dólares y de armas, y esa idea, muy difundida y a mi modo de ver totalmente equivocada, puede, naturalmente, conducirnos a una situación tal vez peor que la que actualmente se nos presenta. En una palabra: que hay una tendencia unilateral de ver esta cuestión, y eso se explica naturalmente por un hecho histórico, un hecho que tiene que ver con la naturaleza de las instituciones americanas; el hecho sencillo de que el país ha llegado a desempeñar este papel preponderante en el mundo del siglo XX, sin haber llegado previamente a una madurez espiritual, social y política en consonancia con esa responsabilidad. Quiero decir que estamos frente a un problema muy grave, o sea de una nación cuyas condiciones económicas superan a sus condiciones espirituales. Eso hay que reconocerlo, me parece, con toda franqueza. Pues si éste es el caso para los católicos de Norteamérica, naturalmente nos tiene que impresionar e inquietar esta insistencia cada vez mayor sobre una solución limitada estrictamente a lo militar y a lo económico. Y en segundo lugar, otro problema que nos inquieta igualmente, es

que podemos decir que estamos en lucha contra una modalidad, contra un concepto del mundo diametralmente opuesto al nuestro.

¿Qué causa defiende América?

En América no estamos muy seguros todavía, por lo menos los que no compartan nuestras convicciones religiosas, no estamos muy seguros, digo, de qué es lo que estamos defendiendo. Quiero decir que estamos frente a una fuerza suprema, muy coordinada, perfectamente sincronizada, y de nuestro lado pecamos, me parece, de manera grave, por una serie de vaguedades y de lugares comunes, que no representan fundamentalmente gran cosa. En otras palabras, el mundo occidental, el mundo "anti" o no comunista, ¿qué representa en el fondo? ¿Qué unidad hay? Porque hay que ser absolutamente francos con nosotros mismos sobre este particular. Si decimos someramente: la democracia, que es lo que suele decirse en Estados Unidos, es necesario definir el concepto, hay que saber si es un sistema accidental de gobierno que estamos defendiendo o si es cosa más profunda. Pero si pensamos que nuestra causa—si se puede usar la palabra—es fundamentalmente la gran tradición cristiana a que todos nuestros países de Occidente pertenecen, entonces hay que admitir con toda honradez que ese cristianismo, en la mayor parte de los países, es cosa bien frágil. No hay que ir enumerando los países. Es evidente y tan claro como la luz del día. Quiero decir que en Estados Unidos hoy día sería imposible colocar la causa común sobre la base del cristianismo. La gente no lo acepta como una interpretación exacta de la realidad y de su pensamiento. Si pasamos a otros países, y particularmente los países de Europa, no creo que el panorama sea mucho más alentador en la mayoría de los casos. ¿Puede decirse qué hay en la Gran Bretaña, por ejemplo, que represente realmente una acción, una convicción que pueda llamarse cristiana? Hay una cosa vaga, más o menos tradicional, en la conciencia de la gente; pero una convicción firme, yo creo que eso no existe. Y si pasamos a ciertos países continentales, la situación no cambia mucho.

Lo negativo, base de la obra internacional

Así es que todo punto de arranque me parece que tiene que ir forzosamente a un reconocimiento claro, franco y abierto, de que la mayor parte de los países de Occidente no tienen la menor idea de hacia dónde van o qué es lo que se proponen, porque nuestra posición ha sido y continúa siendo demasiado negativa. Quiero decir que todo lo que se ha realizado en el orden de la defensa común, de la creación de ciertos instrumentos comunes, se ha inspirado esencialmente en un concepto negativo, o sea de impedir la expansión de la Unión Soviética. Ni más ni menos. Pero impedir la expansión de la Unión Soviética no contribuye más que efímeramente a crear esa comunidad que anhelamos todos, naturalmente, para nuestro Occidente, y no creo que ni Norteamérica ni la Gran Bretaña ni ninguna de las potencias principalmente envueltas en esta misión histórica viva consciente de esta realidad. Y eso hay que deplorarlo como un hecho positivo que se ve en casi todas partes.

Desigualdad en los distintos países europeos

Diversidad de religión

Ahora expondré algunas ideas, aunque son impresiones subjetivas, tal vez muy personales, de lo que un no europeo va viendo en los diferentes países de Europa. He tenido la buena suerte de visitarlos todos, con la excepción de Escandinavia y Portugal, y, claro, uno no puede dejar de formarse cierto juicio tal vez sujeto a modificación o a cambio más tarde. Pero lo someto a vuestra consideración por lo que pueda valer.

La primera observación fundamental—es casi una perogrullada decirlo—es que hay una desigualdad absoluta, fundamental, de país a país. Quiero decir que no es posible generalizar con respecto al estado católico de los diversos países europeos. Me parece, en general, que este mundo europeo, visto de afuera, puede dividirse tal vez en diferentes grupos según el carácter de la vida católica, según su amplitud. Quiero decir que hay un número sumamente reducido de países—España e Irlanda—que son ejemplos más notables donde la unidad es total. Quiero decir que no hay forcejeo espiritual, divergencia en absoluto. Después tenemos otra categoría, igualmente importante, con aspectos totalmente diferentes, o sea los países de catolicismo minoritario, Holanda e Inglaterra. No hablo de los países escandinavos, porque son países de misiones, como podría ser el Japón desde el punto de vista del trato de la Iglesia, sin influencia católica ninguna. Y en tercer lugar, los países de reconstrucción espiritual: Alemania, Austria, en cierta forma Italia, y me atrevo añadir en esta tercera categoría a Francia.

Naturalmente, los problemas que se plantean con respecto a cada una de estas categorías de países son bien diferentes, y por eso no es posible hacer una observación general sin distinguir claramente entre los países de que estamos hablando, cuyas condiciones de vida y problemas para la Iglesia y para la fe son completamente distintos.

Divergencias en lo temporal

La mentalidad de los distintos países

Una segunda idea general que me viene a la mente es la existencia evidente en los países de Europa de grandes divergencias en lo temporal. Quiero decir que nada choca tanto a un visitante extranjero, y particularmente extracontinental, que llega a Europa como estas diferencias, estas discrepancias tan fundamentales en torno a casi todas las cuestiones de orden temporal. Dejo a un lado, evidentemente, la dogmática. Afortunadamente, en eso no estamos separados. Pero en lo temporal sí. Porque nosotros, en Norteamérica, somos muy simplistas, casi infantiles, en muchas cosas. Quiero decir que la multitud, la muchedumbre de los católicos norteamericanos, no tienen preocupaciones de esta índole.

El número de americanos que leen a Jacques Maritain es infinitamente pequeño, afortunadamente. Nosotros lo notamos este verano en Friburgo, donde realizamos unos cursos de verano principalmente para norteamericanos, y tuvimos un señor belga que nos habló durante dos semanas de cuestiones de existencialismo.

Mis compatriotas estaban escandaliza-

dos porque la cosa era tan sutil, y como ellos tienen una idea simple, decían que el señor belga no era cristiano, no podía clasificarse como tal en ningún sentido.

Empezó a explicarles que hay varias formas de existencialismo, que hay una modalidad cristiana, etc., y para los norteamericanos fué una tragedia.

Y cuando vieron al profesor de Lovaina, existencialista, con su breviario o libro de misa, eso no les cabía en la cabeza. No podían creer que fuera católico. Pues ésa es una mentalidad que tiene cierta ventaja. Quiero indicar que es una mentalidad que no se tortura de incorporar toda suerte de ideas dentro de un concepto ortodoxo. Por eso es difícil en América hablar de estas cosas.

Yo sé que muchas veces, cuando he tratado en mi propio país de exponer el problema de la actitud política de los católicos europeos, es casi imposible, porque los americanos no entienden eso.

Quiero decir que tratar de explicar lo de Francia en Estados Unidos es totalmente imposible. Porque yo he hablado de esa cuestión, y me preguntan: "Bien, pero ¿son católicos o no?" "Pues sí y no. Quiero decir que hay algunos que sí." Y añaden: "Si son católicos, ¿por qué no se llaman tales? ¿Por qué buscan un eufemismo, una etiqueta que no dice nada?"

Así es que para una mentalidad que no quiero llamar infantil, porque eso es un poco fuerte, pero una mentalidad que no está acostumbrada a estas cosas, el primer impacto del occidente de Europa es fuerte. Hay que comenzar con tantos distingos y buscar naturalmente las razones históricas de tantas cosas, y, sin embargo, es evidente la impresión cuando va uno de país en país, que a veces es escandalosa.

Realmente no hay otra palabra que pueda caber, al ver cómo los católicos estamos divididos en torno a casi todas las cuestiones de orden temporal. Quiero decir cuando se trata de infundir en la vida no estrictamente religiosa o espiritual, nuestra visión del hombre y del mundo. Ahí no tenemos en absoluto, no diré unanimidad ni siquiera tendencia hacia la unanimidad o la unidad. Y por eso encuentro que uno de los elementos más desalentadores de país en país, es esta falta de diálogo entre los católicos en torno a problemas que son grandes problemas de nuestro tiempo y acerca de los cuales tenemos mucho que decir.

Diré que entre España y Francia, nada. Los Pirineos no son barrera infranqueable solamente física, pues no existe siquiera el contacto personal y la comprensión mutua. Entre Francia y Holanda, por ejemplo, para citar otro caso, hay una mentalidad totalmente diferente.

Veintiséis diarios católicos se editan en Holanda

Hace unos meses que estuve en Holanda en una jira de conferencias, y a título de curiosidad pregunté a varios amigos holandeses si se había dado en su país el fenómeno de los cristianos progresistas, esta denominación que se ha desarrollado en Italia y más aún en Francia. Y me dijeron: "Eso es imposible, absolutamente imposible. Quiero decir que a nadie se le ocurre."

El holandés toma las cosas al pie de la letra, todo está fichado y clasificado. Aquí hay el partido católico, y todos los católicos están en él. Si es un obrero, está en el partido católico obrero. Si es un patrono, está en el parti-

do católico patronal. Si es un profesor, está afiliado a la Confederación de Profesores Católicos, y así todos por el estilo. Si es un lector de prensa, pues lee la gran prensa católica de Holanda (26 diarios). Así es que no hay problema.

El individuo está en su línea de actividad según su confesión y a nosotros, dice el holandés, nos parece la manera indispensable de funcionar y actuar.

Pues entre una mentalidad de esa naturaleza, tan clara, tan amante, de una prohibición absoluta, y esta cosa rebuscada que caracteriza a tantas mentalidades católicas en Francia, no hay punto de contacto evidentemente.

El católico inglés es un combatiente

Y después claro está, si uno pasa a Inglaterra, donde el problema es completamente otro, tampoco se encuentra esa tendencia.

Para mí, y lo expresé a los jóvenes anoche y lo repito hoy, es que a pesar de su número tan limitado, dos millones y medio en la población total de 40 a 45 millones en la Gran Bretaña, me inspira una admiración extraordinaria la colectividad y la excelencia en general de nuestros católicos ingleses, que son poquísimos, aislados, perdidos, no tienen la ventaja que tenemos en otros países de toda una red de organizaciones que les apoye y dentro de las cuales puedan moverse.

El católico inglés es un combatiente, muchas veces solo y muy solo, porque la soledad católica en Inglaterra a veces es una cosa abrumadora. Y sin embargo, ese individuo lucha. Recordemos que los ingleses en general son todos dirigentes; la masa no existe. Tienen una colección formidable de gentes de primera calidad, pero no tienen masa, no tienen público en general. Eso hace tal vez más extraordinaria su labor.

Y sobre todo los ingleses tienen lo que los franceses me parece no tienen o al menos en los momentos actuales, que es una gran visión del mundo, y sobre todo una inquietud por la suerte del catolicismo fuera de su propio territorio. Y ése es un punto en el que quisiera hacer hincapié.

Preocupación por la suerte del catolicismo en las demás naciones

Este año pasado, no solamente en Inglaterra, sino en contactos con ingleses fuera de Inglaterra, muchos de los cuales vinieron a Friburgo este verano, pude notar esa preocupación constante por el catolicismo en todas partes del mundo. Quiero decir que los ingleses viven muy pendientes de lo que ocurre en el centro de Europa, y particularmente detrás de la cortina de hierro.

Voy a señalar un detalle que demuestra más o menos ese empeño que contrasta no digo con la indiferencia, sino con el olvido que se acusa en otros países. Nosotros en América, por ejemplo, cuando el caso de monseñor Stepinac, cuando fué condenado en el año 1946, hicimos un poco de escándalo, no mucho. Pedimos acción por parte del Congreso nacional, dimos cierta publicidad naturalmente al asunto, y después cayó en el olvido más completo y me temo que hoy en día, poquísimos católicos en Norteamérica se den cuenta de que el Arzobispo de Zagreb todavía está en la cárcel a pesar de que

el mariscal Tito ha cambiado un poco de posición internacional. Quiero decir que la realidad no ha cambiado, pero en la memoria de la gente el caso está más o menos olvidado.

Algo más hicimos en América con respecto al caso del Cardenal Mindszenty y algo con respecto a la situación de Checoslovaquia. Pues con eso contrasta la actitud de los ingleses, ya que rara vez en los periódicos católicos, "The Tablet" por ejemplo, se pasa sin hablar de estos Prelados, y los Obispos y autoridades eclesiásticas inglesas piden por sus compatriotas, acordándose de la persecución que sufre la Iglesia en el oriente de Europa no solamente con sus oraciones, sino que manifiestan públicamente su no conformidad con la política de su propio Gobierno y la actitud en general hacia esa situación, porque hay mucha tendencia a tomar el camino fácil y decir: "Bueno, Polonia está perdida, Checoslovaquia camina a perderse; Hungría, perdida y liquidada; de estos países ya no nos ocupamos." En Inglaterra no ocurre eso; tienen una visión que me parece es casi única en el mundo occidental hoy en día.

Yo no he visto eso en Francia, honradamente lo digo. Hay personas aisladas católicas que escriben acerca de eso, pero no tienen ese empeño constante e invariable de colocar la suerte de cada cual dentro del cuadro mayor de la suerte común.

Quiero decir que si la Iglesia está perdida y liquidada en Hungría, eso para nosotros todos, en Argentina, en América, en el Canadá, en España, dondequiera, es una pérdida irreparable que nos toca de cerca evidentemente.

La falta de preparación para la lucha

Ahora esa actitud de constante rebeldía contra un estado de cosas que caracteriza mucho a nuestros correligionarios ingleses no me parece pueda encontrarse en algunos otros países europeos y particularmente del continente europeo.

Y eso me lleva a otra reflexión. Nosotros tenemos fama de ser una nación sumamente práctica. Y esto en torno a muchas de estas cuestiones. Nosotros estamos combatiendo con métodos tan totalmente arcaicos y absurdos, que a veces es incomprensible. Cosas absolutamente prácticas como la siguiente. Yo sé que en América, nuestra prensa católica tardó muchas semanas y meses para conseguir un número importante de textos de la Jerarquía checoslovaca. Nadie los tenía o tenía una cosa incompleta. Yo recuerdo que el año pasado en Roma, en el mes de diciembre, cuando estuve en el momento mismo en que el tribunal de Budapest condenó al Cardenal Mindszenty, los amigos de la Acción Católica Italiana me advirtieron que no poseían ni la documentación mínima para poder refutar las acusaciones del Gobierno comunista húngaro.

Quiere ello decir que para contestar tienen muy buena voluntad y buena intención, pero hay que admitir, y esto es una cosa que nosotros, que vivimos en países donde somos minoría comprendemos muy bien, que no se puede hablar a los no católicos en los términos mismos con que hablamos a los nuestros. Esa es una lección que nunca hemos aprendido. Hablamos el lenguaje nuestro que el mundo no entiende. Sabemos hablarnos a nosotros mismos y no tenemos dificultades en la

terminología, en la manera de expresarnos. Pero hablar de la misma forma a los demás, eso no convence.

Es necesaria la acción con métodos modernos

Tenemos que utilizar necesariamente los métodos de nuestro siglo XX, que-rámoslo o no. Ya estamos intentando un poco en América, aunque con poco éxito todavía. Estamos a punto de lanzar, de aquí a unos meses, un libro de porte considerable, unas 800 a 1.000 páginas, de todo el proceso de monseñor Stepinac, con documentación que ha salido de Yugoslavia clandestinamente, con todas sus pastorales, con todos los documentos fundamentales; hasta hemos obtenido el testimonio de los testigos en contra y a favor en el proceso; todos los documentos del Estado contra él. Y esto lo vamos a lanzar ahora en lengua inglesa, con un índice perfectamente documentado.

Porque no vale la pena andar diciendo que lo que se ha hecho en Hungría es un ultraje a la Iglesia y a la persona de un ilustre Prelado. Nosotros lo sabemos, pero el mundo todavía guarda muchas dudas.

Es sorprendente cuando uno entra en contacto con los que no comparten en absoluto nuestros valores y mucho menos nuestras creencias, ver cuán lejos se encuentran de nosotros, y cuán difícil es poder hablar en una forma que les haga comprender las cosas tal y como nosotros las comprendemos.

Por eso digo que en prensa, en radio, en todos los mecanismos de la propaganda, estamos muy atrasados, terriblemente atrasados, y parte de este atraso me parece que se debe a que nosotros hemos permitido en muchos países tanto de Europa como de América, que nos coloquemos el adversario en la defensiva desde el principio.

Quiero decir que nosotros estamos más habituados a responder tardíamente en general a cuestiones planteadas por el otro. En muchos casos es el comunismo mismo quien ha planteado el problema y nos ha arrinconado y nos obliga a combatir con las armas escogidas por él. Eso en el terreno social me parece clarísimo. Y esa situación hace muchas veces que nuestra réplica, nuestra acción, no satisfaga a ese mundo muy numeroso y muy amplio que no pertenece a nuestro campo.

El nacionalismo

Otra impresión igualmente notable en el ánimo de un visitante de fuera es que en muchos países de Europa occidental el sentimiento nacionalista impera de manera extraordinaria. Es un factor que limita, que restringe. Es la falta de expresión de que hablé hace un momento.

Claro, eso tiene sus variantes que no se pueden ignorar. Por ejemplo, que nuestros católicos alemanes se ocupen del mundo. Ellos tienen bastante de qué ocuparse en su prensa. Ellos, naturalmente, están en el caso de tener que rehacer toda una vida colectiva e individual católica.

Pero en otros países más favorecidos o más privilegiados, me parece que el sentido nacional impera demasiado. Es el caso de Francia, y el de otros países de Occidente; es el caso de mi propio país, donde es casi imposible a veces interesar a la gente en algo que no sea estrictamente su propia parroquia. Todo forma naturalmente un conjunto.

Las minorías católicas

Ahora si me preguntan si la impresión general es pesimista, desfavorable, yo creo que la única contestación honrada es que tenemos inmensas posibilidades en todos los órdenes, pero que con toda seguridad nos estamos debilitando; quiero decir que falta esa conciencia común de que os hablé hace un instante.

No existe una cosa universal en el terreno de la acción, sea política, social, económica o espiritual, para combatir contra las fuerzas que tenemos enfrente. Carecemos de una voz determinante en la mayor parte de los países. De ahí procede todo el problema del catolicismo.

Para mí en muchos de los países es simplemente una cuestión de que no hay muchos católicos.

En América, ¿qué influencia tenemos? Ninguna. Absolutamente ninguna. No hay que andar con tonterías. Tenemos veinticinco millones, una inmensa masa, muy fiel, excelente gente, pero que no cuentan para nada, cuando se trata de las grandes cuestiones y mucho menos para determinar la dirección de la política nacional. Eso en absoluto.

En Inglaterra, ¿qué pueden hacer dos millones y medio de católicos? De vez en cuando, naturalmente, alguno surge en el Parlamento y dice cuatro verdades, pero eso no quiere decir que los laboristas vayan a seguir ese consejo.

Los católicos de Francia, ¿qué pueden hacer? A pesar de que el señor George Bidault se encuentra en el Poder, y sabe tener en cuenta que representa un partido totalmente repudiado en el país y que solamente sigue fuerte en el Parlamento y tiene que colaborar con tantas gentes diversas, que se diluye por completo cualquier convicción que tenga.

Yo recuerdo, es una anécdota que me dejó perplejo, que tuve que entrevistar a George Bidault en San Francisco el año 1945 para la prensa católica de los Estados Unidos. Y al preguntarle (era la época viva de Indochina y Madagascar) cuál era la política del régimen francés, después de la liberación, cerca de las colonias, George Bidault se cuadró y respondió en la siguiente forma: "Defender los derechos sagrados del hombre." Bueno, había que tener una entrevista. Y desde luego no había más que decir. Con lo que dijo bastaba, pues en aquel entonces estaba ardiendo el mundo colonial.

Cuando uno habla de la influencia en Francia de los elementos católicos, y los hay muy considerables, de la influencia de las determinaciones en el Gobierno, creo que es muy poca, y algo más en Italia. Porque personalmente yo tengo la convicción de que entre el señor De Gasperi y Bidault hay mucha distancia en todos los terrenos.

Desde luego, en Bélgica y Holanda la cosa me parece mucho mejor. El partido católico holandés está en el radio, en la prensa. Claro que a los católicos holandeses les ha tocado un momento desgraciado para llegar al Poder, porque un partido que nunca ha tenido nada que ver con ninguna cuestión se encuentra por las buenas en él para hacer frente a la cuestión de Indonesia, y es un problema tremendo para ellos, ya que siempre no se han dedicado los católicos más que a misioneros. Y nada más. (Grandes aplausos.)

Preguntas de los circulistas

DON MARIANO SEBASTIAN. — Yo quisiera, en primer lugar, felicitar al conferenciante por su brillante charla, y

después preguntarle que nos dijera qué piensa el catolicismo norteamericano, qué piensa él personalmente del catolicismo español. Y si le parece más acertado, por qué no nos informa de la visión, acertada o desacertada, que haya en Europa del catolicismo español.

RICHARD PATTEE. — Diré la impresión que hay en América acerca de la cuestión. Yo no puedo pretender interpretar la opinión toda americana, que es muy variada, como tiene que ser en una nación tan grande.

Entre los católicos americanos, por esta misma cosa simplista de que he hablado frente al mundo complicando los asuntos demasiado, ha habido siempre un gran instinto, una gran intuición de la cosa. Yo tuve el año pasado que hablar acerca de mis impresiones de Europa y de España 30 ó 40 veces en los Estados Unidos ante público católico, y sienten que en esta lucha España está bien, su posición está bien, dicho en forma sintética y breve. Eso lo he oído muchas veces.

Quiere decir que en alguna forma España tiene que constituir un baluarte en defensa de la civilización común que nos interesa a todos. Y creo que los católicos norteamericanos reconocen que los pocos países que todavía existen en el mundo donde la unidad espiritual es fundamental, donde hay agresividad, brío y fervor, son España e Irlanda, pues hay gran afinidad entre español e irlandés.

Yo diría que Irlanda es una España donde no se habla español.

Desde luego, lo español, tarde o temprano, se impondrá a la verdad. Yo he bregado mucho en esta cuestión tan absurda y radical que constituye el protestantismo en España, y para vosotros supongo que no puede llamarse siquiera cuestión. Es uno de los problemas que inquietan a los americanos, y los católicos americanos quieren saber cómo vamos a contestar a estas acusaciones constantes de los no católicos acerca de ese punto.

Claro que no se puede pedir que el común de los católicos entienda estos asuntos de los otros países. Yo diría que el elemento positivamente hostil a España entre los católicos americanos es muy limitado. Hay una o dos revistas, pero es una minoría.

Desde el punto de vista intelectual, la cosa está muy atinada en general, y más todavía en Inglaterra.

SEÑOR SOLA. — Yo quería hacerle una pregunta al señor Pattee, abundando en el punto de las instituciones políticas. Y es que nos encontramos que la cuestión social, planteada en Europa al terminar la guerra, parece que se iba a resolver con la fórmula de comunistas o socialistas.

La marcha comunista fué detenida, pero va desapareciendo toda fórmula de tipo socialista. Mas los partidos cristianos, que están dirigidos por católicos excelentes, donde han ganado las elecciones y a veces con mayoría absoluta, son los que tienen que dar las soluciones a los problemas político y social, pues así lo consideran todos los pueblos, y vemos que estos católicos no tienen una concepción católica clara. Conveniría que nos dijera algunas palabras sobre este fenómeno, sobre la ilusión que va formando la idea católica en aquellos que no son católicos o si es un espejismo el creer en ese triunfo católico.

RICHARD PATTEE. — El espejismo existe en Inglaterra y en Norteamérica. Estoy enteramente de acuerdo en cuanto a esta decadencia socialista.

Después de la guerra mucha gente

“MISION DEL TEATRO Y DEL CINE”

Discurso pronunciado por Su Santidad el Papa Pío XII

En las últimas asambleas de la Asociación se ha puesto de manifiesto la necesidad de que los propagandistas, sin abandonar los campos tradicionales de apostolado, se lancen a la conquista de ambientes hoy totalmente abandonados. La labor, a primera vista difícil, resulta verdaderamente eficaz cuando se realiza con audacia cristiana y generosidad apostólica. En prueba de ello publicamos a continuación una carta en la que se recoge el efecto que en actores y actrices de teatro ha producido la lectura del discurso que el Papa les dirigió el 26 de agosto de 1945. La Asociación Católica Nacional de Propagandistas se ha distinguido siempre por su afán de difundir el pensamiento pontificio; la carta que se publica nos afirma en la idea de que es preciso trabajar por conseguir que la voz del Papa llegue en su integridad a todos sus destinatarios.

10 de enero de 1950.

Sr. D. Juan Antonio Cremades y Royo, secretario del Centro de la A. C. N. de P.—ZARAGOZA.

Muy querido amigo: Aquella conversación que tuvimos no hace mucho tiempo sobre nuestra recíproca inquietud apostólica cerca de personas y profesiones poco cultivadas, especialmente los artistas de teatro y de cine, autores y críticos, ha tenido una consecuencia: el folleto que te adjunto.

En él aparece publicado el magnífico discurso que pronunció Su Santidad el Papa Pío XII, felizmente reinante, el día 26 de agosto de 1945, al recibir en audiencia a un grupo de autores y artistas de teatro y cine, sobre el tema “Misión del teatro y del cine”. Ilustran el folleto las fotografías del Papa y la de San Pancracio, mártir, al que tanta devoción tienen los artistas de teatro.

Como bien sabes, durante los casi ocho años que fui teniente de alcalde me tocó actuar, entre otros cargos, en el de delegado del teatro Principat, propiedad de nuestro Ayuntamiento. Esto me sirvió para conocer a la mayor parte de las compañías teatrales que desfilan por dicho teatro, siendo mi constante preocupación el hacer labor apostólica cerca de autores, actri-

creía en un resurgimiento del socialismo como manera de detener el comunismo. Creo que esa idea se va echando a un lado.

En Inglaterra y Norteamérica no creo que la convicción exista, a pesar del triunfo de los cristianos en Italia, en Alemania, en Austria, en Holanda, en Bélgica y en Francia incluso. Todavía no ha penetrado la noción de que una cosa cristiana pueda ser el patrón de la formación europea.

Les diré que, incluso en Inglaterra, aun existe la idea de que la verdadera salvación de Italia es el partido socialista, admitiendo que Saragat debe ser el dirigente y no Nenni, y es que, tanto en Norteamérica como en Inglaterra, no saben comprender la realidad de los partidos cristianos.

ces, actores y críticos. Este es, sencillamente, el origen de mi decisión de editar el adjunto folleto, para repartirlo gratuitamente entre todos los artistas y autores que vayan desfilando por Zaragoza.

Ya he comenzado el reparto entre las dos compañías teatrales que han permanecido en nuestra ciudad durante las recientes pascuas. A todos he hecho llegar personalmente un ejemplar del folleto. ¿Si vieras cómo han reaccionado, con qué emoción y qué frases de gratitud he escuchado de sus labios!

En verdad te digo que el goce espiritual que me han proporcionado compensa con creces el pequeñísimo esfuerzo que he realizado.

He oído frases como éstas: “¿Pero es posible que el Papa se acuerde de nosotros?”, “¿Con qué alegría voy a leer este discurso!”, “Este folleto lo llevaré siempre conmigo”, “¿Quiéreme usted darme otro ejemplar para enviárselo a mi hijo a Madrid, donde está haciendo películas?”, “Hasta que salga a escena voy a leerlo”. Terminada su lectura, vino a decirme este mismo actor: “Es formidable este discurso; señores, ¿si el Papa conoce el teatro por dentro mejor que nosotros?”

Algunos artistas solicitaron que les escribiera en su folleto una dedicatoria. Por complacerles, en vista de su gran interés por conservar el folleto, les escribí algunas frases como recuerdo; un primer actor, al leer mi dedicatoria, exclamó en voz alta delante de todos: “¿Y que lo diga usted, toda mi familia tiene soledad cristiana!”

Nadie se recataba de exaltar el valor supremo del discurso del Papa. Puedes figurarte el rato que pasó. Di gracias a Dios por haberme permitido lanzarme a la edición y reparto de este folleto.

Mi emoción subió de punto cuando se me hacían consultas sobre modo de actuar ante la representación de una obra mala y la pérdida de empleo consiguiente a la negativa, contestando que en ese caso, para advertir siempre, debían exponer cada caso ante el confesor. El folleto había producido inquietud espiritual en algunas almas.

Y como final te diré que un artista, delante de todos sus compañeros, me dirigió la siguiente pregunta: “¿Y usted, ¿por qué ha editado el folleto y nos lo da?” “Sencillamente—contéstame—, por hacer el bien.”

Al oír mi contestación, los ojos de todos los presentes se llenaron de lágrimas. Fue un momento de intensa emoción.

Saboreando de nuevo esta emoción, termino expresándote cuánto te agradezco el eficaz influjo que ejerce siempre en mis actividades apostólicas con un cariñoso y fraternal abrazo.

JUAN BAPTISTA BASTERO.

El discurso del Papa

Un rancio prejuicio bastante difundido pone en oposición y casi en recíproca hostilidad a la Iglesia y al arte dramático. Vuestra presencia aquí, amados hijos e hijas, en la fiesta de San Ginés mártir, siguiendo la idea del benemérito Centro Católico Teatral da un categórico mentis a tan errónea concepción y nos ofrece ocasión de mostrar,



una vez más todavía, lo infundada e injusta que ella es. Y precisamente porque la Iglesia reconoce y estima el poder de vuestro arte y la grandeza de vuestra misión es por lo que se alza a veces con severidad contra los que, envileciendo su dignidad personal y faltando a sus propios deberes, ponen el ingenio y el arte al servicio del error, de la impiedad y de la sensualidad.

¿Qué deben, pues, hacer el teatro y el cine para llevar a cabo su misión benéfica? Deben realizar una obra de arte, pero obra de arte en el sentido más amplio y, al mismo tiempo, más sano y más elevado de la palabra, como vosotros mismos nos mostraréis en seguida, ofreciéndonos la declamación de dos de los más hermosos versos de “Los novios”. Y lo que es la misión del arte, usado correctamente, consiste en elevar, mediante la belleza de la representación estética, los espíritus a un lugar intelectual y moral que sobrepasa la capacidad de los sentidos y el campo de la materia, hasta elevarse hasta Dios, bien supremo y absoluta belleza del que todo bien y belleza viene.

El arte, el verdadero arte, tan lejos del vago idealismo, cuyo sueño vano o cuyo simbolismo inasequible pierde el contacto con la realidad, como de un realismo servil que se sujeta simplemente al objeto o al hecho material, sin permitir al espíritu que se separe de él, con el juego de las formas, de las sombras, de las luces, con la melodía del canto o con la adecuada modulación de la voz en la simple declamación, pone el pensamiento transparente y en armonía e interpreta y despierta los sentimientos y las pasiones que dormían o fermentaban secretamente en el corazón del hombre. En cuanto al arte del historiador, que no sea un simple cronista, y del novelista, su recto uso tiende a mostrar, o más bien a hacer intuir en el desarrollo de los hechos, la concatenación de los principios y de las consecuencias; en la trama de las acciones exteriores, los motivos y los intentos escondidos nobles o bajamente interesados, los caracteres, las pasiones en conflicto y, sobre todo, a hacer entrever la parte de aquel que, sin violentar la libertad que él mismo ha dado al hombre, es siempre el protagonista de la Historia.

Suponea ahora que el arte dramático se apodera de la obra del novelista o del historiador y que la respeta fielmente. Una serie de reflexiones, de conside-

raciones, indispensables en el tema del escrito, se sustituyen y se expresan, con un sencillo movimiento de ojos, con un furtivo fruncido de labios, con una leve inflexión de voz, con una pausa, con una pronunciación levemente acentuada, muchas veces con más eficacia que con el gesto vehemente o con la vibración de toda la persona. Añadir a todo esto los innumerables recursos de la decoración, de la puesta en escena, de la iluminación. Entre los autores, los actores y los servicios más diversos, la colaboración resulta tan íntima y estrecha que en el efecto producido sus partes se funden casi juntamente en una sola. Pero hay todavía otra colaboración a la cual se diría que se somete todo en el arte dramático. El público, fascinado, olvidándose de que está allí para ver y oír, vive la escena de la que viene a ser en alguna manera un actor más que un testigo. Vive, siente, se agita con todas las potencias de sus facultades, con toda la vivacidad de sus impresiones. Y esta agitación de todo su ser la movéis y la sostenéis vosotros, autores, actores y actrices del teatro y del cinematógrafo. Las más de las veces la impresión dura; a veces jamás se borra. El espectador sale del teatro llevando consigo y dentro de sí convicciones profundas o prejuicios tenaces; elevadas aspiraciones o codicias abyectas.

Grande es, pues, vuestra responsabilidad. Si en la evocación de unos mismos hechos la Historia, manejada por autores diversos, puede resultar tendenciosa y parcial y servir para la propaganda de tesis opuestas, ¿qué decir del drama que actúa casi directamente en el ánimo del espectador, en su sentido, en su imaginación, en su impresionabilidad, todavía más que en la razón y en el juicio? Responsabilidad formidable, pero al mismo tiempo noble y elevada, que vosotros, amados hijos e hijas, queréis llevar dignamente. Pero entonces, ¿de dónde proviene que otros, en cambio, la toman a la ligera y sin escrúpulo y no hacen valer su acción y su influjo sobre el espíritu y sobre el corazón humano, especialmente de los jóvenes y de los adolescentes, si no es para corromperles y degradarles? Dos causas principales nos parece que juegan en tan funesto desorden: la primera es la falta de carácter y energía que induce a ceder a los deseos y a la exigencia de un público corrompido; a li-

sonjear o a excitar sus pasiones y malos instintos; a mendigar de él como pago los aplausos, las carcajadas ruidosas y, especialmente, las abundantes utilidades que procuran semejantes espectáculos. Los amplios y fáciles éxitos empujan a procurar otros siempre nuevos. ¡Tales representaciones exigen tan poco ingenio para inventarlas y tan poca gracia y habilidad para representarlas! Pero mientras tanto, el gusto, ya bajo, aumentando poco a poco en grosería, pide un veneno cada vez más violento, y así cada vez se descende más. La otra causa del mal podría ser menos peligrosa y nociva. (¡Hasta tal punto es sufrida y humana!) Es fuerte la tentación en el autor para poner de relieve la figura y la profundidad de su penetración psicológica, impulsando hasta el fondo el análisis de los caracteres y hasta los sentimientos más delicados o de las pasiones más impetuosas; de derramar la riqueza de su paleta en la pintura de las acciones y de las costumbres. Es fuerte la tentación para un actor o una actriz de forzar o de atenuar la interpretación para acomodar la obra ajena al modelo de su propio carácter personal, rozando, con peligro de pasarlos, los límites de la discreción en la exhibición de los propios dones y del propio atractivo, hasta físico. En una novela estas anatomías morales, estos exhibicionismos realistas, estas descripciones del lujo y de la miseria sirven para turbar el corazón del lector.

¿Qué será, pues, cuando en el cine, en la excitación colectiva del teatro los hechos se desarrollan sensiblemente como en la realidad; pero, por decirlo así, condensados, comprimidos, dotados de mayor intensidad por los sorprendentes recursos del cine, y cuando en el teatro los personajes están allí en carne y hueso, penetrados de tal manera de su papel que los pensamientos, los sentimientos, las pasiones que les agitan hacen verdaderamente chispear, sonreír, llorar sus ojos y palpar sus corazones?

Cuenta Cicerón en el libro II de "Oratore", capítulo 46, párrafo 193, que muchas veces él mismo vió los ojos de un actor que ardían al declamar algunos versos de una tragedia de Facudio, y que el mismo actor no pronunciaba jamás la palabra "paternum ascetum" sin que él, Cicerón, recibiera la impresión de hallarse ante el verdadero Sileno, loco por el dolor de la muerte del hijo. Después, cuando el actor, cambiando la inflexión de la voz, continuaba la declamación con un tono conmovido, sus palabras se mezclaban con las lágrimas y los sollozos. Y si un actor no podía declamar aquellos versos sin viva emoción, ¿creéis vosotros—terminaba el gran orador romano—que Facudio los habrá podido escribir con calma y tranquilidad?

Así, pues, queda bien claro que todo colaborador del espectáculo dramático que se rinde a las exigencias del público, en vez de dominarlo, o se abandona a las pequeñeces de la vanidad o se deja vencer por el ansia de la ganancia que la conciencia reprueba, no solamente pierde algo de su propia dignidad, sino que ofende al arte, aquel arte que demuestra no amar con suficiente valor para resistir a los caprichos del mal gusto ni con suficiente desinterés para preferirle a los incentivos de la vanagloria y del lucro.

Desgraciadamente es un hecho innegable que una cierta multitud se amontona en los espectáculos indecorosos y pide representaciones cada vez más licenciosas, pero sería hacerle responsable solamente a ella de semejantes

perversiones, atribuir a su misma naturaleza el gusto depravado de la fealdad y del mal, o creerla totalmente envilecida y acostumbrada a las violentas excitaciones de los sentidos hasta el punto de resultar incapaz de buscar placeres honestos cuando se le presentan bajo la forma de una belleza real. Experiencias recientes han demostrado que las verdaderas y sanas obras de arte hallan también hoy, y acaso más que en el pasado, el favor no solamente de los intelectuales, sino también de las clases populares. ¿Qué magnífico campo de actividad se os ofrece, por consiguiente, a vosotros, autores dramáticos, y a vosotros, críticos teatrales!

Toca a vosotros restablecer el contacto con el público de las hermosas y elevadas creaciones del genio humano; trabajar en la reeducación del buen gusto y en la honestidad de los sentimientos; enseñar a los espectadores a descubrir ellos mismos y a paladear las obras maestras dignas de tal nombre que presentaréis a su admiración. En cuanto a vosotros, actores y actrices, es bien natural y bien comprensible la emoción intensa de alegría y orgullo que llena vuestras almas ante aquel público, pendiente completamente de vosotros, anhelante, que aplaude y vibra. Le veis subyugado por vuestro arte, sentís la potencia de la atracción en sus mentes y en sus corazones. ¡Honor a aquellos y aquellas que, penetrados de su grave responsabilidad, conscientes de la nobleza de su misión, no ven en ese influjo sobre las almas más que un medio para elevarlas sobre la tierra, para hacerlas, ascender hacia el ideal! Tales son aquellos actores y aquellas actrices que no entran en escena sin haber elevado su pensamiento y su corazón a Dios, y nadie se asombra al ver que a veces Jesucristo escoge entre vuestras filas algunos espíritus superiores, que luego ilumina y guía a las alturas místicas de una vida de perfección. Nos, que nada anteponemos al reconocimiento y a la exaltación de la obra de la multiforme gracia divina en las almas, nos alegramos profundamente de tan hermosas victorias, mientras invocamos sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre todos los que amáis la abundancia de los favores celestiales, de los que es prenda la bendición apostólica que con afecto paternal os damos.

Obras completas del padre Angel Ayala

Dos gruesos volúmenes con
más de 2.000 páginas, 100 pe-
setas los dos tomos

Pedidos a

**SECRETARIA GENERAL
DE A. C. N. de P.**

Alfonso XI, 4, 4.º . Madrid

Acción Católica y Acción Social La doctrina pontificia

Por la Escuela Social Sacerdotal
de Málaga, dirigida por el excelentísimo y reverendísimo don Angel
Herrera Oria

Colección de documentos pontificios
agrupados por capítulos, con
un cuidadoso índice de materias

Precios: cinco pesetas

Pedidos a la Secretaría General de
la A. C. N. de P., Alfonso XI, 4, 5.º